

Las historias ocultas de Amparo Dávila

León Guillermo Gutiérrez

EN 1969, LA GRAN POETA ARGENTINA, Alejandra Pizarnik le escribió en una carta a su amiga Monique Altschul, quien venía a México: “Y si te aburres por no conocer gente grata y amable, andá a ver a mi amiga la cuentista Amparo Dávila.” Muy lejos estaba Pizarnik de saber que su querida amiga sería considerada como una de las más grandes cuentistas de nuestros tiempos.

Antes de referirme a la obra de Amparo Dávila, considero pertinente ubicarla en la historiografía de la literatura mexicana. El año en que nace, 1928, México se encuentra convulsionado por la Guerra Cristera y por el asesinato de Álvaro Obregón. Para las letras de nuestro país es un año afortunado, ya que en él ven la luz, junto con Amparo Dávila, Carlos Fuentes, Inés Arredondo, Jorge Ibarguengoitia, Enriqueta Ochoa y Carlos Valdés, entre otros.

Amparo Dávila publica en 1959 su primer libro de cuentos, *Tiempo destrozado*. Es la década del surgimiento de una nueva narrativa en México que signará no sólo un rompimiento sino el derrotero y consolidación de una verdadera literatura que se proyectará en el ámbito internacional. La mayoría de estos escritores, que construyen lo que podemos llamar “literatura del medio siglo”, gozarán de amplia fama y serán objeto de las más altas distinciones literarias dentro y fuera de nuestro país. Durante este periodo aparecen *Confabulario* (1952) y *Bestiario* (1959) de Juan José Arreola; *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo; *Los días enmascarados* (1954), *La región más transparente* (1958) y *Las buenas conciencias*

(1959) de Carlos Fuentes; *Balún Canán* (1955) de Rosario Castellanos; *El libro vacío* (1958) de Josefina Vicéns; *Un hogar sólido* (1958) de Elena Garro; *Tiempo cercado* (1959) de Sergio Pitol; *La justicia de enero* (1959) de Sergio Galindo; *La creación* (1959) de Agustín Yáñez; *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales* (1959) de José Emilio Pacheco; *El laberinto de la soledad* (1950), *Águila o sol* (1951); *El arco y la lira* (1956); *La peras del olmo* (1957) y *La estación violenta* (1958) de Octavio Paz, y *La Iliada* de Homero (1951) traducida por Alfonso Reyes. Es decir, obras y autores fundamentales en las letras nacionales.

Este breve panorama no admite lugar a dudas del linaje al que pertenece la escritura de Amparo Dávila; se le relaciona con Guadalupe Dueñas, Julieta Campos, Francisco Tario, así como con Juan Vicente Melo, Salvador Elizondo y Juan García Ponce; se habla de sus afinidades literarias con Arreola, Borges y Cortázar, de la influencia de Franz Kafka. No obstante la genealogía a la que todos pertenecemos, también lo es que cada uno tiene sus propias y únicas señas particulares, y este es el caso de Amparo Dávila. La escritora zacatecana no necesita de emparentamientos para el reconocimiento a su originalidad y perfección en el dominio del cuento, la estética de su narrativa sólo le corresponde a ella.

Entrando en terreno, es lugar común hablar de las obsesiones que ciñen la escritura de los autores, pero más bien se trata de lo que señaló Jorge Luis Borges: “...un hombre se propone la tarea de dibujar al mundo. A lo largo de los

* Texto leído en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes en el homenaje a Amparo Dávila, el 17 de febrero de 2008.

años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos, y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara”. Lo mismo sucede con Amparo Dávila, la cara que ha dibujado en sus cuentos es primordialmente la de la infancia, la que ella misma recuerda en Pinos, su pueblo natal: “El espectáculo en que me divertía era ver pasar la muerte tras el cristal de la ventana. Mi mamá padecía un insomnio crónico a causa de su estado nervioso y las pasiones de mi papá eran los negocios y las mujeres.” Está afirmación no requiere de mayores especulaciones para saber el origen de la presencia de mujeres vencidas por el desquiciamiento; la muerte silenciosa, premeditada o violenta, a veces siniestra, y hombres que protagonizan la tragedia a causa de su adulterio.

En los cuentos que integran los tres libros de Amparo Dávila, la acción transcurre en espacios cerrados, oscuros, o si son abiertos se convierten en escenografías lúgubres, pequeños microcosmos donde el horror agazapado lanza de repente el zarpazo, y sin misericordia alcanza a seres propensos a la indefensión. Amparo Dávila apela a la acción rápida, los diálogos, en más de las veces, son mínimos o integrados al movimiento de la trama. Muy lejos de la llamada literatura feminista, con la misma maestría construye personajes femeninos y masculinos. Los cuentos de Amparo Dávila están escritos con la precisión del mecanismo de un reloj.

Mucho se ha insistido en que su obra pertenece al género fantástico, es más pertinente decir que ha hecho uso de seres fantasmales para reforzar la realidad, como señala Cecilia Eudave. “Por ello el discurso de lo fantástico, no evade lo real, lo exterior, sino busca reafirmarlo.” *Muerte en el bosque* (1985), que reúne *Tiempo destrozado* (1959) y *Música concreta* (1964), está poblado de seres extraordinarios, producto de la imaginación o reales de naturaleza siniestra, que invaden y se apropian de la fragilidad de hombres y mujeres de vidas contenidas, donde el tedio y el vacío son enmascarados en la violencia interna de cada uno de ellos, en quienes el ejercicio cotidiano es el dolor, el insomnio, la locura, el suicidio y el desdoblamiento que los hace vivir en un mundo alucinante, enajenado, en el umbral de lo insólito y de la fatalidad. Fantasía y realidad se convierten en una sola cara de la moneda. Pero también son cuentos

impregnados de la ternura del amor, parten de las minucias de la vida cotidiana. Amparo Dávila explora y expone la soledad de los individuos confinados a un destino no previsto, en cuyo diccionario no existen las palabras felicidad y esperanza. Se puede afirmar que son cuentos del sentido trágico de la vida, como diría don Miguel de Unamuno. En cada uno de ellos se cierne el drama como un destino inapelable. El investigador y crítico imprescindible, Luis Mario Schneider escribió: “Los cuentos de Amparo Dávila no son sólo literatura, sino una profunda investigación en el campo de la ética, del comportamiento humano.”

Con acierto se ha dicho que en los cuentos de Amparo Dávila se cuentan dos historias, conforme al postulado de Ricardo Piglia, mismas que son paralelas, la oculta y la evidente; la secreta se construye con lo no dicho, con lo que permanece oculto. De ahí que el miedo, el proceso de locura, la paranoia y el delirio de persecución entretujan en lo soterrado la otra historia, la verdadera historia.

En el libro *Árboles petrificados* (1977) el tono cambia, es diferente, aunque persista la presencia de seres que provocan el desquiciamiento. La sexualidad es más evidente, el sueño anticipa la realidad, lugares de la ciudad de México son nombrados: el *Sanborns* de la calle Niza, la colonia Juárez, el pasaje de Catedral. En estos cuentos los personajes son seres que en búsqueda del amor salen con los brazos abiertos y chocan contra muros vacíos, seres que de improvisto les da un vuelco la vida, de un momento a otro la enfermedad, la locura, mundos alucinantes los conducen a la tragedia. En el cuento “El patio cuadrado” se escribe la sentencia de todos los personajes de Amparo Dávila: “no hay escapatoria posible al huir de nosotros mismos; el caos de adentro se proyecta siempre hacia fuera.” Lo que confirma lo que decíamos al principio, lo fantástico es un recurso para reafirmar la realidad, es parte de la historia que se construye con lo no dicho. José Saramago escribió: “Dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos.” De igual manera, los personajes de Amparo Dávila son en verdad lo no nombrado, o en palabras de ellos mismos: “Vivimos una noche que no nos pertenece, hemos robado manzanas y nos persiguen.”•

LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ. Escritor y crítico literario. Correo electrónico: leongg@prodigy.net.mx



Espiral, acuarela y carbón sobre papel de algodón, 90 x 80 cm, 2006